
Uniandes - CESO



Relaciones y *Visitas* a los Andes

S. XVI

*TOMO V. REGIÓN DE LOS
LLANOS*

HERMES TOVAR PINZÓN

Departamento de Historia

RELACIONES Y VISITAS A LOS ANDES

SIGLO XVI

RELACIONES Y VISITAS A LOS ANDES

SIGLO XVI

TOMO V

REGIÓN DE LOS LLANOS

HERMES TOVAR PINZÓN

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - CESO
DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA

Primera edición: Junio de 2010

© Hermes Tovar Pinzón

© Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología,
Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales – CESO

Dirección: Carrera 1ª No. 18A – 10 Edificio Franco P. 3

Teléfono: 3 394949 – 3 394999. Ext: 3330

Bogotá D. C., Colombia

ceso@uniandes.edu.co

Ediciones Uniandes

Carrera 1ª. No. 19-27. Edificio AU 6

Bogotá D. C., Colombia

Teléfono: 3394949- 3394999. Ext: 2133. Fax: Ext. 2158

<http://ediciones.uniandes.edu.co>

infeduni@uniandes.edu.co

ISBN: 978-958-???-???-0

Diseño gráfico, pre prensa y prensa: Legis S. A.

Dirección: Avenida calle 26 No. 82-70

Teléfono: 4 255255

Bogotá D. C., Colombia

Impreso en Colombia – Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial

CONTENIDO

Introducción.....	1
-------------------	---

Los Llanos Orientales de Colombia y la aventura de su identidad

Hermes Tovar Pinzón

Apuntamiento de los Yndios de San Juan de los Llanos, 1556.....	81
Capitulación con Gonzalo Jiménez de Quesada y Antonio de Berrío, 18 de noviembre de 1568 [1568-1586].....	145
Traslado bien y fielmente sacado de una probisión real e comission de los señores de la Rreal audiencia Don Francisco de Bastidas y autos i aberiçaçiones hechas por su merçed a sentençia sacado del original de berbo ad verbum su tenor es el que se sigue [1569] [1569-1585]	173
Memorial de Juan de Aldaz en nombre de las ciudades del Nuevo Reino de Granada, en que solicita diversas mercedes entre ellas para la Iglesia de San Juan de los Llanos [1581]	195
El Capitán Antonio de Berrío sobre que se le haga merced en çiertas cossas, [15 de octubre de 1582] [1568-1586].....	203
Relación o derrotero que hace Antonio de Berrío governador que era de las provincias del Dorado del seguimiento en el descubrimiento de esta provincia como lo havían hecho su antecesor el Capitán Hernán Péres de Quesada (quien anduvo perdido tres años por aquellas tierras), el Capitán Ordus que salió de España, Don Pedro de Silva, el Capitán Serpa y otros muchos, (fecha en Santa Fe a 3 de abril, 1585).....	235
Carta de Antonio de Berrío al Rey desde las riveras del Casanare, 1 de abril de 1587.....	271

Jornada de la Guayana [1588].....	277
Servicios Prestados por Don Fulgencio de Meneses, (1590).....	307
Cartas de Don Antonio de Berrío, [1591-1594].....	319
Carta de Domingo de Vera sobre la conquista del Dorado, Santiago de León, agosto 17 de 1593.....	367
Posesión que parece tomo Domingo de Bera Ybargoyen máese de campo g(ener)al en nombre de su majestad de la tierra questa junto al río Pauto que por otro nombre llaman Orinoco, en 23 de abril de (15)93	373
Los soldados que llevó Francisco de Vides se quejan ante el Rey, Cumanagoto, noviembre 26 de 1593.....	385
Carta contra Francisco de Vides, San Jose de Oruña (Isla de la Trinidad) 12 de noviembre de 1594	391
Cosas que Antonio de Berrio pide para el descubrimiento del Dorado, 1595	397
Relación de lo sucedido en el descubrimiento de Guayana y Manoa y otras provincias, (dos versiones ca. 1595).....	403
Relación de lo sucedido en el descubrimiento de Guayana y Manoa y otras provincias, [ca. 1595]	411
Miguel Francisco de Aguirre pone demanda por despojo a vezinos de Santiago de la Atalaya, 1585-1596.....	415
Visita de los indios de Osamena de que se nombra encomendero Juan Suárez de Argüello, 1601-1602.....	443
Descripciones y poblazones de los yndios de Cuziana y Guesbas y Uricuris en Santiago de la Atalaya, [1600-1603]	475

**LOS LLANOS ORIENTALES DE COLOMBIA
Y LA AVENTURA DE SU IDENTIDAD**

LOS LLANOS ORIENTALES DE COLOMBIA

Y LA AVENTURA DE SU IDENTIDAD

Introducción

Muy pocas fronteras emergen en horizontes vacíos de hombres. Cuando ello ocurre se convierten en economías singulares y promueven sentimientos e ideologías que brotan de las mismas circunstancias que rodean a quienes se someten a la rudeza de los nuevos territorios. Tal fue el caso de la llamada Colonización Antioqueña, en la región central de Colombia en el siglo XIX¹. El bienestar que lograron los colonos se transmitió de generación en generación convirtiendo la familia y su espíritu de aventura en un modelo triunfal mientras que el individualismo y la pequeña propiedad se erigieron en fundamentos de los cambios institucionales, políticos y ecológicos de la región que presencié sus éxitos².

Otras colonizaciones en América y, en general, en el mundo se han avivado con la destrucción de culturas nativas. El despojo y la extinción de sociedades enteras empañan el éxito de los triunfadores que oficializan el discurso de su gesta bajo eufemismos que alaban la imposición de la lengua, las creencias y las costumbres, mientras excluyen los traumas derivados de las relaciones de poder que modelan la vida cotidiana. Además elaboran mitos y fantasías que encubren la

-
- 1 Sobre la Colonización Antioqueña puede verse James J. Parson, *Antioqueño Colonization in Western Colombia*, Berkeley, 1949; Catherine LeGrand, *Colonización y protesta campesina en Colombia*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1988; Juan Carlos Vélez Rendón, “Los pueblos allende el río Cauca. La formación del suroeste y la cohesión del espacio en Antioquia, 1830-1875”. Tesis Magíster de Historia, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín (s. f.); Hermes Tovar Pinzón, *Que nos tengan en cuenta: colonos, empresarios y aldeas. Colombia 1800-1900*, Bogotá, 1994; Hermes Tovar Pinzón, “Problemas de la estructura rural antioqueña en la segunda mitad del siglo XVIII”, en *Ibero-Amerikanisches Archiv*, N. F. Jg.13. H.3 (Berlín), 1987, pp. 363-441; Jorge Enrique Robledo Castillo, *La ciudad en la Colonización Antioqueña: Manizales*, Editorial Universidad Nacional, Bogotá, 1996; Álvaro López Toro, *Migración y cambio social en Antioquia durante el siglo XIX*, Universidad de los Andes, 2009.
 - 2 Sara González Hernández, “La propiedad como imagen: a propósito de los baldíos en la historia de Colombia, siglo XIX”. Tesis para optar el Título de Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá, 2003; B. Le Roy Gordon, *El Sinú: geografía humana y ecología*, Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1983.

verdad de sus fechorías³. De hecho, las colonizaciones de tierras vacías ocultan la irracionalidad de la destrucción sistemática del medio ambiente y sus riquezas, mientras que la fuerza bruta de los colonizadores diseña la historia de los colonizados⁴.

Las colonizaciones internas en las naciones formadas a lo largo del siglo XIX introducen nuevos matices a los procesos de ocupación de tierras, al convertir la frontera en campo de batalla entre ciudadanos de primera y segunda clase. Las teorías racistas y de unidad nacional contribuyen a forjar imágenes y políticas sobre incorporación de espacios nuevos, haciendo tábula rasa de sus primitivos habitantes. Y, más recientemente, las fronteras han sido válvulas de escape a políticas de malestar social, refugios ocasionales de desplazados y centros de conflictos armados. A pesar de las leyendas heroicas de los colonizadores, muy pocas fronteras han florecido sin una fuerte dosis de despojo, criminalidad y violencia⁵.

La frontera del Nuevo Mundo es una frontera más en los procesos de expansión de las sociedades modernas. Y como no existe una sola forma de colonizar, cada caso contribuye a enriquecer los debates sobre la frontera misma. Éstas dependen de circunstancias históricas concretas, y como se trata de procesos, las ocupaciones de nuevas tierras por oleadas de inmigrantes constituyen parte de la historia de un imperio, un país o una región. Existirán similitudes aun dentro de un sistema político pero lo que predomina en este fenómeno de la incorporación de tierras y sociedades a las economías en expansión, es la diversidad de actitudes y los variados impactos que ellas tienen sobre las instituciones.

3 Ver el debate, por ejemplo, entre Marshall Sahlins y Gananath Obeyesekere sobre los hawaianos, en Marshall Sahlins, *Islands of History*, The University of Chicago Press, Chicago, 1985; Gananath Obeyesekere, *The Apotheosis of Captain Cook. European Mythmaking in the Pacific*, Princeton University Press, Nueva Jersey, 1992, y Marshall Sahlins, *How "Natives" Think. About Captain Cook for Example*, The University of Chicago Press, Chicago, 1995; Hermes Tovar Pinzón, *Los fantasmas de la memoria. Poder e inhibición en la historia de América Latina*, Universidad de los Andes, Bogotá, 2009.

4 Sobre otras fronteras puede verse Frederick Jackson Turner, *The Frontier in American History*, Nueva York, Henry Holt And Company, 1928; Álvaro Jara (edi.), *Tierras nuevas. Expansión territorial y ocupación del suelo en América (siglos XVI-XIX)*, El Colegio de México, México, 1969.

5 José Jairo González Arias y Elsy Marulanda Álvarez, *Historias de frontera. Colonización y guerras en el Sumapaz*, Cinep, Bogotá, 1990; Fundación para la Nueva Democracia, *Colonización*, Monografías No. 2, Bogotá, 1976; Ricardo Vargas Meza, "Conflicto armado, narcotráfico y fronteras en el sur de Colombia: el caso del Putumayo", en Gonzalo Sánchez y Eric Lair (edi.), *Violencias y estrategias colectivas en la región andina*, Ifea-Grupo Editorial Norma, Bogotá, 2004, pp. 263-333.

La colonización española en América no fue uniforme, a pesar de la presencia del Imperio español, que le imprimía su sello particular, así como los portugueses hicieron singular la colonización del Brasil, y Francia, Holanda e Inglaterra la de las Antillas. Los procesos de ocupación de tierras fueron diferentes, pues se hicieron sobre variadas estructuras económicas, sociales y culturales. Además, cada siglo reveló el rostro de nuevas concepciones sobre las fronteras y de nuevos intereses en regiones que seguían siendo incorporadas a los intereses del capitalismo en expansión⁶. Por ejemplo, la ocupación del Caribe en el siglo XVII fue diferente a la de los Andes en el siglo XVI, así como fue distinta la penetración a la Amazonía y la Orinoquía, entre los siglos XVI a XVIII. Al estudiar esta última región, en el siglo XVI, a la luz de informaciones de colonos, funcionarios y empresarios, aparecen economías frágiles, sistemas de misiones que invaden el medio y los espíritus e instituciones políticas paralelas al Estado.

La lectura de los documentos que configuran este tomo V sobre *Relaciones y Visitas a los Andes* constituye una aproximación a la vida de los nativos de los llamados Llanos Orientales de Colombia. Los múltiples detalles de estas descripciones permiten conocer parte de ese mundo que debió tolerar la presencia de huestes hispanas desde la década de 1530 en adelante. Pero más allá de esta historia velada por los hechos de los conquistadores se manifiesta el trauma del encuentro y de los procesos de destrucción y construcción de economías poco conocidas⁷. Un hecho notable en todo este proceso del siglo XVI es la fragmentación de los Llanos, que de ser una unidad integrada por la selva amazónica, los Andes, el mar Caribe y las planicies de la Orinoquía mediante una compleja red de intercambios comerciales, quedó convertida en una región sin destino cierto. Sin embargo, tal unidad no se pudo romper de tajo, pues múltiples tribus, cacicazgos y reinos que habitaban a lo largo de sus ríos y llanuras preservaron las grietas de sus tráficós, en un esfuerzo casi clandestino de supervivencia. Por tanto, la historia colonial de los Llanos Orientales de Colombia es ante todo la conversión del gran espacio oriental de Colombia en una especie de mar mediterráneo, que perdió el dinamismo del mundo que lo circunscribía y lo circunscribe⁸. Recuperar su destino atlántico y amazónico, relativizar su dependencia de los Andes y volver al Orinoco constituye el fundamento de su esencia, de su identidad y de su futuro como región.

6 Eric Williams, *Capitalism and Slavery*, Capricorn Books, Nueva York, 1966.

7 Nancy Kathleen Creswick Morey, *Ethnohistory of de Colombian and Venezuelan Llanos* (Doctor of Philosophy Thesis), Department of Anthropology, University of Utah, agosto de 1975.

8 Mary-Elizabeth Reeve, "Regional Interaction in the western Amazon: The Early Colonial Encounter and the Jesuit Years: 1538-1767", *Ethnohistory* 41: 1 (winter 1994), pp 106-138.

Destacaremos tres aspectos básicos en la lectura preliminar de los documentos que, sobre el siglo XVI, forman parte de este volumen. De una parte, se agruparon las noticias provenientes de las cartas e informes de Antonio de Berrío sobre sus expediciones que siguieron las huellas de Gonzalo Jiménez de Quesada⁹. En segundo lugar, se destaca el valor etnológico de los repartos realizados por Juan de Avellaneda con motivo de la fundación de San Juan de los Llanos, en 1556, y en tercer lugar, analizamos la importancia de las visitas a dos pueblos de la jurisdicción de Santiago de las Atalayas, entre 1601 y 1603. Ofrecer un conjunto de documentos no opera como ejercicio de agregar, una tras otra, fuentes históricas sino de buscar en ellas el germen de una nueva historia regional, para el siglo XVI, en la actual Colombia. Nueva por sus métodos, sus contenidos, sus proposiciones y explicaciones. La representación de los acontecimientos del siglo XVI contribuirá a desatar los hilos con que fue tejido este mundo de dependencias personales, sociales y regionales. La cosedura del colonialismo destruyó espacios, paralizó intercambios y convirtió en supervivencia aquello que las comunidades defendieron para que los escombros de su pasado no fueran eslabones de una rápida destrucción sistemática.

Muchos de los problemas que se privilegian en este análisis pueden ser rebatidos por investigadores más rigurosos que, desde sus disciplinas, naciones y continentes, podrán dar un valor nuevo y renovado a los contenidos expresos e implícitos en estos documentos escritos en una lengua que, como el castellano, tuvo el valor de crecer y enriquecerse con los nombres de la geografía, de las poblaciones y de las cosas que las sociedades indígenas habían fundado como patrimonio y como imágenes de su identidad. Cada texto paleográfico es un universo de signos que delata las intenciones de quien opera como sujeto u objeto de la narración. Escritos que velan el tránsito de la memoria oral a la memoria escrita como un instrumento más de dominación. Y es en esta yuxtaposición en donde el lenguaje pretende invisibilizar los patrimonios de quienes, a más de ser vencidos, fueron instrumentalizados, por los vencedores, como agentes marginales de su historia. Historia que banaliza el conflicto y la violencia implícita en los fenómenos del orden, gobierno y policía que parecen regir el mundo de colonizados y colonizadores. En últimas, las máscaras de los derrotados danzan en la vida cotidiana que la lengua menoscababa y ocultaba al atribuirles pereza, desidia, haraganería e incapacidad de ser siervos sin respuesta a la vanidad y avaricia de quienes asumen la arquitectura del nuevo mundo¹⁰. Y mientras los europeos

9 Antonio de Berrío era casado con María de Oruña, sobrina de Gonzalo Jiménez de Quesada, cf. John Hemming, *En busca de El Dorado*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1995, p. 201.

10 Archivo General de la Nación (Bogotá), *Visitas Venezuela* 13, f. 754v., “que (e)l señor visitador los tase en hilo y algodón para que se bayan ynponyendo por ser gente toda la desta nación questá en

describen fantasías y asombros de las sociedades y la naturaleza, prescinden de las lenguas nativas que se fueron arrugando en el corazón de generación tras generación hasta morir rodeadas de silencio.

Todo este conjunto de verdades se despliega en cada documento que afronta la descripción de pueblos y regiones de América. Conjunto de verdades que estructura la naturaleza del sistema colonial y del universo de los colonizados. No es necesario ocuparse de México o Perú para seguir las miserias que introdujo el naciente capitalismo en las nuevas fronteras sometidas a su dominio, durante los siglos XV y XVI. Pequeños poblados de otras regiones del continente americano encierran los gérmenes del cambio, del conflicto, del ejercicio del poder y, en últimas, de la opresión y la libertad.

Los elementos articuladores del espacio llanero en el siglo XVI

La irrupción de los europeos a partir de 1492 sobre el territorio americano supuso la ruptura de conceptos en torno al ordenamiento espacial basados en la organización comunitaria y en mercados que hicieron posible procesos de integración regional no sólo con fines de supervivencia, sino de complementariedad de alimentos, objetos rituales, armas, esclavos y bienes de consumo. Los sistemas de organización política en tribus y cacicazgos no permitían un amplio uso de los recursos disponibles en el horizonte de las sabanas, de las vertientes andinas, de los bosques y selvas tropicales por la vía del control directo sino que era necesario hacerlo a través de los intercambios¹¹. Es esta particularidad lo que otorga a los mercados prehispánicos del norte de Suramérica una función articuladora de grandes espacios y recursos provenientes de diversos ambientes ecológicos, particularidad que se opone a la de la organización económica del mundo de los incas en los Andes centrales¹².

En los Llanos Orientales el horizonte plano, más que la altura, reguló la economía y las relaciones interétnicas. Pero en este debate sobre los intercambios entre los Andes y las planicies orientales surgen también las selvas amazónicas, la

esta cordillera haraganes y con esta granjería no saldrán de sus casas y estarán más descansados para hazer sus rozas de mayz y algodón”, tales son las conclusiones de los visitantes a los indios Gúesbas y Uricuri en Santiago de las Atalayas, en 1602.

11 Robert V. y Nancy C. Morey, “Relaciones comerciales en el pasado en los llanos de Colombia y Venezuela”, en *Revista Montalbán*, UCAB No. 4, Caracas, 1975, pp. 533-564.

12 John V. Murra, *Formaciones económicas del mundo andino*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1992.

Guayana, el Atlántico y los territorios ubicados al oriente del río Orinoco. En este río, Antonio de Berrío encontró la isla Adole, poblada y con mucha gente, y manifestó que era el lugar en donde se hacía la contratación “de los dichos yndios de los Llanos con los de la Sierra [...]”¹³. Cuando Ordaz entró al Orinoco en 1535, la isla Adole ejercía estas actividades. Algunos de sus hombres se quedaron en la región, pues los nativos dieron noticias, cincuenta años después, de la existencia de uno de los barbudos, en un lugar cercano a la isla, constituida en un gran centro de intercambios¹⁴.

Según Berrío, allí no se producía ningún mantenimiento y sólo servía para que las gentes llegaran a “hacer contratación de la sierra a los Llanos”¹⁵. Sin comprender la importancia de estos mercados, los españoles se dieron cuenta rápidamente de la existencia de una red de comunicaciones fluviales y terrestres por donde se movilizaba el diverso mundo prehispánico. Asombrados de la rapidez con que se iba de un lugar a otro pensaron que también podrían manejarse para beneficio de la Corona. Éste y otros conquistadores de El Dorado confesaron que era posible navegar desde “las sierras de este Nuevo Reyno”, por el Meta y el Casanare hasta el río Orinoco, y de ahí hasta la Guayana y el Atlántico¹⁶. Su hijo, Francisco de Berrío, testificó que desde las sierras al oriente del río Orinoco hasta los Andes “abrà quando mucho ochenta leguas e que del río Barraguán a esta sierra del rreyno se podra navegar por el río Meta y Caçanare hasta el Barraguán”¹⁷. Con ello no descubrían nada nuevo sino se habían dado cuenta que estaban utilizando rutas que tribus y cacicazgos habían usado para obtener productos de diferentes espacios y ecologías. Es evidente que, sin la existencia de redes de comunicación, el comercio y los intercambios no serían viables para ninguna cultura.

Todavía en 1603, los indios caquetíos que vivían hacia la vertiente andina tenían a los guybas, ajaguas y giraharas, que vivían hacia el río Meta, como abastecedores de bienes, a pesar de su enemistad. Con ellos mantenían “tratos y rescates”. Unos y otros llegaban a veces de paz para “contratar con [...] los dichos sus enemigos como

13 Archivo General de Indias (Sevilla), *Audiencia de Santa Fe*, 1258, f. 5r.

14 El padre Juan Rivero, *Historia de las Misiones de los Llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta*, Biblioteca de la Presidencia de la República, Bogotá, 1956, cap. XIV, p. 47, sostiene que las naciones más nombradas en el río Orinoco son los sálivas, catatíos, adoles y yaruros. Sobre el Orinoco, cf. Joseph Gumilla, *El Orinoco ilustrado: historia natural, civil y geográfica de este gran río*, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, Bogotá, 1955 y 1956, dos t.

15 Archivo General de Indias (Sevilla), *Audiencia de Santa Fe*, 1258, f. 5v.

16 Archivo General de Indias (Sevilla), *Audiencia de Santa Fe*, 1258, ff. 6r v.

17 Archivo General de Indias (Sevilla), *Audiencia de Santa Fe*, 1258, f. 22v. Barraguán era el nombre dado al río Orinoco.

es sal, hachas y machetes, cuentas y cuchillos y otros rescates”¹⁸. Estas estructuras de intercambio, casi invisibles para los europeos, les había permitido introducir las herramientas y chucherías que traían de España. Los mismos indígenas las hacían circular por la extensa macrorregión que dominaban. A los productos de los indios se habían incorporado instrumentos y mercancías propios de Europa.

Investigaciones sobre el comercio han señalado la importancia de mercados de Quiripa o monedas de concha, de indios esclavos, de pescado, de huevos, aceite y carne de tortugas, de curare, de tintes o pinturas, de productos silvestres, de canoas, de cerámica, de animales de caza, de miel y cera y de “una gran variedad de fibras, hilos y cuerdas” elaboradas “con hojas de palmera, lianas y troncos”, utilizados para la “fabricación de artículos tales como cuerdas, hamacas, cestas y estereras”, todo lo cual era comercializado a gran escala¹⁹.

En este mundo de sabana el patrón de control de la producción que regía en los Andes centrales de América no operaba, debido a la ausencia de una unidad política²⁰. Los poderes fragmentados y la diversidad de formas económicas que prevalecieron en este espacio americano hicieron que los mercados integran territorios lejanos y se aprovecharan recursos producidos en diferentes cotas de las vertientes andinas y en archipiélagos del llano y de la selva cuyos microclimas contribuían a enriquecer de bienes a este mundo aparentemente frágil en el autoabastecimiento. De hecho, todas las relaciones de poder y de parentesco deben ser explicadas en función de esta diversidad y de estos equilibrios. Los habitantes de los Andes centrales de Colombia participaron en tales mercados, integrando grandes espacios a su propia subsistencia: “La cordillera andina, el Alto Orinoco (selva tropical: Amazonia) y Guayana se interrelacionaron con los llanos por medio del comercio”²¹. La economía de los mercados, más que la política centralizadora, define a esta región de América que, no es el mundo de los incas ni el de los aztecas sino el de las tribus y los cacicazgos.

El equilibrio entre el control del espacio y la naturaleza de la organización social se agrietó al fragmentarse y alterarse los mercados con la intervención de

18 Archivo General de la Nación (Bogotá), *Visitas de Venezuela*, 13, ff. 756v. 754r.

19 Robert V. y Nancy C. Morey, “Relaciones comerciales...”, *op. cit.*, pp. 538-554. Nancy Kathleen Creswick Morey, “Ethnohistory of the Colombian And Venezuelan Llanos”, tesis presentada a la University of Utah para el grado de Doctor of Philosophy, Department of Anthropology, University of Utah, agosto de 1975.

20 John V. Murra, *La organización económica del Estado inca*, Siglo XXI, México, 1980, y *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, *op. cit.*; Carlh. Langebaek, *Mercados, poblamiento e integración étnica entre los muisca*, siglo XVI, Banco de la República, Bogotá, 1987.

21 Robert V. y Nancy C. Morey “Relaciones comerciales...”, *op. cit.*, p. 555.

los españoles. Los europeos ocuparon el piedemonte andino y la llanura menos profunda, creando un cortocircuito entre estos cacicazgos y la disponibilidad de recursos. No sabemos si este desequilibrio en los mercados forzó a sustituir intercambios y alimentos o si afectó la demanda. De hecho, su irrupción alteró la vida de las comunidades al desplazarse de un lugar a otro y forzó a pueblos enteros a emigrar y buscar zonas de refugio. Cuando no lo hicieron, tuvieron que tolerar las huestes, que se convirtieron en una carga económica y en un factor de presión y desorden para su vida. Al no estar asignados a un conquistador o poblador, se abusaba de los indios no adscritos a encomiendas. Y, paradójicamente, para evitar esto, según el pensamiento de los españoles, los naturales prefirieron depender de un individuo y no de la caprichosa voluntad de una hueste de desadaptados.

Como lo sostuvo fray Pedro Aguado, fueron “los grandes y excesivos trabajos que en los tiempos pasados se habían visto” los que persuadieron a los naturales a aceptar, después de 1550, la decisión de Juan de Avellaneda de instalarse entre ellos a la orilla del río Ariari²². Sin embargo, Avellaneda revolvió “toda esta tierra y la trae alborotada” y los naturales “reciben grandes molestias y agravios”²³. Es decir que convivir para sobrevivir sin traumas fue la gran trampa en que cayeron los pueblos prehispánicos. Y fue esta traición a sí mismos lo que hizo conflictivas las relaciones de poder entre indios y españoles.

Por otro lado, los europeos decidieron cambiar su relación con el espacio llanero. El territorio dejó de ser una región de paso, de búsqueda de zonas doradas y de riquezas fantásticas, para convertirse en un horizonte que podía ser apropiado y reordenado en función de nuevos intereses derivados de fundar poblaciones para obtener oro, siervos y tierras para ganados. Tal fue el espíritu que movió a los fundadores de San Juan de los Llanos (1556) y Santiago de las Atalayas (1588) primero, y, luego, a quienes crearon haciendas y misiones en los siglos XVII y XVIII²⁴.

Los modelos de intervención y reconstrucción del espacio económico de ningún modo implicaron el fin del otro. Sencillamente se superpusieron. Tanto en la fase expedicionaria como en la de las fundaciones de pueblos y en la organización de la economía ganadera y de misiones hubo una y otra intención²⁵. Tal

22 Fray Pedro Aguado, *Recopilación Historial* (Presidencia de la República, Bogotá, 1956), t. I, p. 575.

23 Archivo General de la Nación (Bogotá), *Caciques e Indios*, 58, f. 429r.

24 David Rueda Méndez, *Las encomiendas de Santiago de las Atalayas (1588-1684)*, Editorial Talleres Gráficos Ltda., Tunja, 1997; Padre Juan Rivero, *Historia de las Misiones de los Llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta*, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, Bogotá, 1956.

25 Héctor Publio Pérez Ángel, *La hacienda Caribabare. Estructura y relaciones de mercado, 1767-1810*, Yopal (Casanare), Colombia, 1997.

fue lo que ocurrió entre los indios de la nación caquetíos, cuya comercialización del pescado fue interrumpida y sustituida por el cultivo del algodón y su transformación en hilos y lienzos para los mercados locales y de tierra fría²⁶. Ahora la energía humana se canalizaría a la industria artesanal y la pesca sería una actividad secundaria.

Es decir, en el período de 1530 a 1555 los expedicionarios estuvieron tentados a realizar fundaciones estables. De hecho, el pueblo de *La Fragua* se constituyó en una especie de horizonte de seguridad para quienes penetraron desde Coro en Venezuela buscando *El Dorado*. Si no fue una ciudad abierta a la conquista de los Llanos, sí fue un puerto de descanso antes de buscar el sur o las alturas andinas. *La Fragua* puede ser vista, desde el horizonte de la llanura, como una especie de Santa María la Antigua del Darién, primera ciudad y puerto en Tierra Firme, después de 1510. Estos núcleos inestables estaban destinados a morir en el corto plazo, pues su origen se fundaba en ser refugio de quienes soñaban más en una factoría que en un centro urbano. Estos puntos eran vanguardias de control y descanso de los conquistadores y puntas de lanza para la ocupación de territorios cada vez más lejanos. Pequeñas ciudades de frontera más que un fin eran descansos para diseñar ciudades imposibles.

Tras la huella de El Dorado

Después de la fundación de San Juan de los Llanos en 1556 los conquistadores del altiplano no cesaron de pensar en El Dorado y optaron por lanzarse a través del Llano para buscar en sus extremos la mítica riqueza. Gonzalo Jiménez de Quesada capituló la gobernación de El Dorado e irrumpió por la llanura buscando la ruta que lo pudiera conducir hasta donde se encontraban fabulosos tesoros más allá del Orinoco. Anduvo 42 meses buscando en dónde fijar el asiento de su gobernación y debió regresar devastado por las enfermedades y la muerte de su tropa, después de gastar más de 300 mil ducados²⁷. Antonio de Berrío heredaría este gobierno efímero y se lanzaría hasta el Orinoco a tratar de hacer realidad sus sueños y los de su pariente político y mariscal. Al final, Antonio de Berrío le dejará a su hijo la gobernación de El Dorado, ahora la Guayana, con una administración incierta sobre sus territorios.

26 Archivo General de la Nación (Bogotá), *Visitas de Venezuela*, t. 13, ff. 742r. a 768r.

27 Archivo General de Indias (Sevilla), *Escribanía de Cámara*, 1011 A, Pieza 8^a, “Carta de Antonio de Berrío, Santa Fe, 3 de abril de 1585” f. 1.r.v. Un ducado son 375 maravedís. Un patacón son 272 maravedís, y un peso fino de plata, 450 maravedís.

Digamos, entonces, que en el siglo XVI se presentan dos concepciones diferentes sobre la apropiación del territorio: durante la fase expedicionaria se asumió el espacio como un camino, como un horizonte, y en la fase fundacional, como un hábitat compartido forzosamente con los nativos. Pero las dos estuvieron acompañadas de intereses mercantiles que reorientaron la economía de los Llanos en torno a dos direcciones: la producción indígena (el oro, los alimentos, los textiles) y los hombres.

Fue la búsqueda del metal en la primera mitad del siglo XVI lo que movió a los europeos, y tras él se arrastraron esclavos y se destruyeron culturas. En la segunda mitad, otros conquistadores, tal vez ahitos del sueño inasible de tener oro, y ante su imposibilidad, decidieron apropiarse de los hombres mediante repartos y encomiendas. Fue este espíritu práctico el que impulsó a Juan de Avellaneda a fundar, en 1556, San Juan de los Llanos y a redistribuir los hombres entre sus amigos y compañeros. Aquí, el oro fue apenas un recurso complementario de una economía que necesitaba fundarse en el trabajo humano. Tener nativos era disponer de alimentos, de bienestar y de riqueza. Sus apuntamientos de abril y octubre de 1556 así lo confirman²⁸.

Es necesario esperar el siglo XVII para ver fundada sobre esta región una nueva economía sustentada en los ganados. Ella conllevó la privatización del espacio como una nueva forma de reorganizar el territorio. Las haciendas y las reducciones de los misioneros se convirtieron en punta de lanza de los procesos de apropiación de las tierras y de las almas. Se avanzó cada vez más adentro por el territorio no sólo para cubrirlo con la piel de los vacunos, sino para ganar las almas y difundir el cristianismo entre los llamados *salvajes*. Era una conquista que integraba el poder de los mercados extrarregionales con el mercado de la fe. Los Andes demandaban lo primero, mientras que lo segundo equilibraba la conciencia de estos empresarios, que supieron combinar muy bien el poder de Dios con el de los hombres hasta fundar una poderosa economía regional y celestial.

Como el objeto de este ensayo es el siglo XVI intentaremos retomar las dos economías que caracterizaron la conquista del Llano: una, la que se fundó sobre el sueño del oro, y otra, la que se construyó sobre el servicio personal y la esclavitud de los nativos. Pero una y otra dieron al traste con el universo que los sustentó, al agotarse los metales y desaparecer la población como efecto de las enfermedades y malos tratos, o porque huían a zonas de refugio en la selva o Llano adentro. En contraste con el mundo abierto que usufructuaban los naturales se creó un universo cerrado y sin visión de futuro. Tal es la gran importancia de la historia

28 Archivo General de la Nación (Bogotá), *Caciques e Indios*, 59, ff. 339r. a 441v.

del siglo XVI en los Llanos Orientales de Colombia, cuyo conocimiento abre los velos del atraso del presente. Estas fronteras impuestas por el colonialismo crearon sociedades sujetas a caprichos de señores y tendieron el manto cultural que, en el siglo XIX, cerraría las posibilidades de una participación política y una movilidad social que afectarían las instituciones del Estado y, sobre todo, el bienestar de los sobrevivientes del holocausto del siglo XVI²⁹.

Aunque la documentación conocida no es muy generosa al describir tales fenómenos, los textos que hemos incluido en este volumen ayudarán a replantear muchas de las visiones que se han tejido sobre esta región de Colombia y América.

La gobernación de El Dorado

En los Llanos la conquista española encontró un universo abierto, profundamente integrado por los mercados comunitarios indígenas, que, muy pronto, fueron resquebrajados y desplazados por el agitado mundo de los negocios del mercantilismo en el Caribe. Las exploraciones adelantadas por los alemanes, por Diego de Ordaz, Jerónimo de Ortal y otros conquistadores dieron origen a una isla interior, a una gran laguna verde que se conocería como los Llanos Orientales de Colombia. Los Llanos se constituirían en uno de esos espacios que los españoles dejaron en Hispanoamérica como frontera para ser sometidas por la fuerza salvaje de Occidente: huestes de españoles y alemanes y misioneros católicos. Ellos arribaron dispuestos a civilizar todo mediante liturgias de poblamiento y prédicas religiosas. Entre tanto, miles de comunidades huían Llano adentro para preservar su libertad, mas no sus tierras que, lentamente, fueron ocupadas por hordas de ganados cimarrones que servirían para fundar otro modelo económico a comienzos del siglo XVII: la hacienda ganadera.

Pero más allá de esos paisajes abiertos aún se escondía ese incalculable botín de riqueza que había atraído a los primeros conquistadores hasta sus tierras. El Dorado se había desplazado hasta la Guayana. El Dorado vino dando tumbos desde el Atlántico y se estrelló contra los Andes, sus quimeras rebotaron hasta las selvas amazónicas, y regresó al Caribe hasta pulverizarse. Se volvió a las llanuras cálidas aún no exploradas de los ríos Meta, Pauto y Papamene hasta encontrar de

29 Miguel García Bustamante, *Persistencia y cambio en la frontera oriental de Colombia. El piedemonte del Meta, 1840-1950*, Fondo Editorial Universidad Eafit, Medellín, 2003; Jane M. Rausch, *Una frontera de la sabana tropical. Los Llanos de Colombia, 1531-1831*, Banco de la República, Bogotá, 1994.

nuevo el mar Atlántico, donde se hundían ciudades y palacios de oro que habían quedado entre sacrificios inútiles y afanes sin sentido.

Como el trueno o el relámpago, El Dorado estaba aquí y allí. Pero, como Dios, estaba en todas partes y en ninguna. Era una realidad incierta en medio de los sueños y algo posible a la luz del día. Sin embargo, en miles de lugares y hogares se trabajaban y se lucían pectorales, collares y rituales con el oro que supuestamente se acumulaba en una gran mina, en una gran montaña, en una ciudad dorada o en un gran centro productor³⁰. Se seguían todos los rumores que lo hacían un lugar cierto y alcanzable. El Dorado era como una condena en la que los conquistadores hacían el papel de Sísifo. Subieron las montañas con su piedra de esperanzas, y el destino, sin saberse cómo, los lanzaba de nuevo a las ciudades, llanuras y mares de donde habían venido.

Al final, El Dorado había sido un lapsus histórico. Un lapsus que los europeos no quisieron tomar como tal. Por ello, atados a esta pesadilla los conquistadores de la segunda mitad del siglo XVI querían seguir los pasos de Diego de Ordaz y Jerónimo de Ortal. Querían buscar hacia el Oriente lo que no había sido posible encontrar en occidente, en el sur, en el norte, en ningún rincón de los Andes. Y esto fue lo que propuso Gonzalo Jiménez de Quesada: buscar El Dorado en la Guayana. Sin embargo, los soldados que bajaron desde el Nuevo Reino hasta el Orinoco y hasta las islas de Trinidad y Margarita descubrieron pueblos, ríos, valles y culturas, todo menos la riqueza que habían soñado.

Una vez desaparecieron estos fantasmas de la riqueza, sólo quedaron como testimonios prácticos las fundaciones en las vertientes andinas del oriente: San Juan de los Llanos y Santiago de las Atalayas. Uno y otro sitio permitirían a los colonos penetrar cada vez más al fondo de la llanura. Luego, en el siglo XVII, los misioneros bajarían hacia los ríos Casanare, Meta, Cravo y Tocaría para apropiarse de las sabanas y fundar misiones orientadas a intervenir en la vida material y espiritual de los indios. Reducciones y misiones buscaban agregar nativos al dominio del rey y de Dios y tierras para el sustento de los misioneros y las almas. Todo este proceso sentaría las bases de la marginalidad de la región y de su completa mediterraneidad.

Es necesario tener en cuenta que en el segundo cuarto del siglo XVI (1529-1555), la penetración a los Llanos Orientales se inscribe en la fase colonizadora de la costa caribe que tuvo en Cartagena, Santa Marta y Coro los principales

30 Juan Gil, *Mitos y utopías del Descubrimiento*. 3. *El Dorado*, Alianza Editorial, Madrid 1989; Demetrio Ramos, *El mito de El Dorado*, Colegio Universitario, Ediciones Istmo, Madrid, 1988; John Hemming, *En busca de El Dorado*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1995.

ejes de penetración al interior del Nuevo Reino de Granada. La historia del Llano se vincula a la de Coro, que vive intensamente el afán de riqueza con la llegada de los alemanes, como lo vive Santa Marta con García de Lerma y Cartagena con Pedro de Heredia. Gonzalo Jiménez de Quesada, heredero de esta tradición, lograría unas capitulaciones para buscar El Dorado en 1569. Y hasta finalizar el siglo XVI él y miembros de su familia invirtieron dinero y fuerzas para conseguirlo.

Esta aventura final se encuentra descrita en los documentos de Antonio de Berrío, quien en su primera entrada llegó hasta orillas del Meta, luego encontró el Orinoco y finalmente avanzó hasta Guayana. Una relación personal de 1583 sobre El Dorado, otra relación sobre la Guayana de 1588 y diferentes cartas sobre toda su aventura, incluida su defensa de la gobernación de El Dorado, escritas después de 1590, tejen las redes de múltiples intrigas, narran las dificultades que tuvo en su marcha desde el Nuevo Reino y reportan imágenes de grupos indígenas encontrados a su paso por diversos puntos del territorio que él consideraba formaban parte de su gobernación³¹.

En resumen, tres aspectos pueden seguirse en los documentos contenidos en este volumen sobre tan maravillosa aventura. En primer lugar, el contenido de las capitulaciones del mariscal Jiménez de Quesada y de su pariente político Antonio de Berrío. En segundo lugar, los relatos de éste sobre el descubrimiento de la Guayana a través del Meta, Casanare y Orinoco. Y en tercer lugar, las disputas sostenidas con funcionarios de la provincia de Venezuela que quisieron hacer de la isla de la Trinidad un patrimonio económico para sus intereses personales. Berrío acusó a Francisco de Bides, gobernador de Cumaná, de pretender poseer la isla de la Trinidad, no para poblarla, sino “para despoblarla porque estando despoblada le sirve a él y a los gobernadores convecinos de otra Guinea sacando desta Ysla cantidad de indios” para los mercados del Caribe³².

Tanto las relaciones como los testimonios de testigos están llenos de descripciones sobre pequeñas intrigas entre funcionarios y expedicionarios, deseos de perjudicar a unos y favorecer a otros. Tal fue, por ejemplo, lo que le ocurrió a Antonio de Berrío con los oidores de Santafé Alonso Pérez de Salazar y Gaspar de Peralta, quienes se empeñaron en favorecer al capitán Francisco de Cáceres para que organizaran otra expedición a El Dorado, al igual que autorizaron a Juan López de Herrera y a don Alonso de Prado a levantar expedicionarios para ir al descubrimiento de los sutagaes, al tiempo que Berrío preparaba su expedición.

31 Estos documentos han sido transcritos en este volumen.

32 Archivo General de Indias (Sevilla), *Escribanía de Cámara*, 1011 A, Pieza 8ª, “Carta de Antonio de Berrío, isla de la Trinidad, 2 de diciembre de 1594”, f. 10r.

No se conocen muy bien las razones de fondo de estas intrigas. A más de la amistad con Cáceres poco sabemos de los motivos de estos funcionarios que utilizaban el poder para obstaculizar y destruir las intenciones de Berrío³³.

Sin embargo, son conocidas las motivaciones del gobernador Francisco de Bides, vecino de Caracas, quien había obtenido la gobernación de Cumaná. Basado en calumnias se apoderó de la isla Trinidad, 37 meses después de que hubiera entrado y poblado la isla el mismo Berrío. Pero no sólo Bides conspiró contra este conquistador sino Joan Sarmiento, gobernador de La Margarita, quien quiso desbaratar sus intenciones de movilizar gentes y pertrechos para poblar la Trinidad³⁴. Esta isla fue ocupada el 1º de septiembre de 1591 por Berrío, quien la recorrió y, una vez hecha “la descripción de los naturales”, halló “siete mil y tantos yndios casados que pasaron más de treinta y cinco mill ánimas”³⁵. Al menos en el potencial humano se fundaban las intrigas, los sesgos y los prevaricatos, pues en medio de todo estaban los negocios. Estas disputas y la presencia de ingleses y holandeses vendiendo mercancías, armas y pólvora en las costas de Cumaná contribuyeron a que España perdiera importantes islas del Caribe, que, unos años después, serían presa fácil de otras potencias europeas³⁶.

En general, las cartas de Antonio de Berrío son un conjunto de reiterados recuentos sobre su camino de Santafé a la isla de la Trinidad y de quejas sobre los saboteos sufridos tanto al comienzo como al final de su expedición. Pero, en esencia, no existe en ellas la presencia de la famosa riqueza de El Dorado, a pesar de haberse encontrado “algunas chagualejas de oro entre los dichos yndios”³⁷, y de que los cautivos decían que “la tierra hera muy rrica de oro e piedras”³⁸. Contienen, además, pequeños detalles sobre las culturas nativas que aparecían por las rutas recorridas y valiosa información geográfica sobre las tierras por las que pasaban. La escasez de información temprana para el oriente del Nuevo Reino,

33 Archivo General de Indias (Sevilla), *Audiencia de Santa Fe*, 1258, ff. 1r. a 30r. “Relación o Derrotero que hace Antonio de Berrío...”, Santa Fe, 3 de abril de 1585.

34 Archivo General de Indias (Sevilla), *Escribanía de Cámara*, 1011 A, Pieza 8ª, “Carta de Antonio de Berrío”, isla de la Trinidad, 2 de diciembre de 1594.

35 Archivo General de Indias (Sevilla), *Escribanía de Cámara*, 1011 A, Pieza 8ª, “Carta a Jerónimo de Velasco, La Margarita, 1 de enero de 1593”, f. 3v., y “Carta de Antonio de Berrío, isla de la Trinidad, 2 de diciembre de 1594”, f. 9r.

36 C. H. Haring, *Los bucaneros de las Indias Occidentales en el siglo XVII*, Editorial Renacimiento, Madrid, 2003.

37 Archivo General de Indias (Sevilla), *Audiencia de Santa Fe*, 1258 f. 17v. “Relación o Derrotero que hace Antonio de Berrío”, Santa Fe, 3 de abril de 1585.

38 Archivo General de Indias (Sevilla), *Audiencia de Santa Fe*, 1258, f. 4r. “Relación o Derrotero que hace Antonio de Berrío”, Santa Fe, 3 de abril de 1585.

como Guayana y Trinidad, otorga a estas cartas un valor particular, al igual que a las declaraciones de los testigos que acudieron a ratificar y ampliar las preguntas contenidas en los interrogatorios.

En los años de 1580 Antonio de Berrío, en su recorrido por el Meta y el Casanare hasta el Orinoco, se sorprendió de la abundancia de población, de sus alimentos y de la variedad de armas que usaban. Informó que había “copia de mantenimientos de los que ellos usan que es la dicha yuca e pesquería y venados con que sustenté mi gente sin necesidad”³⁹. Al pasar el Orinoco la expedición encontró “yuca de que se hazia pan de caçabe, pescado e caça e ñames y otras frutas y algún maíz”⁴⁰. A pesar de esta información se adujo que éstos eran pueblos pobres y semidesnudos.

Es decir, la pobreza y la desnudez alegadas por los españoles como símbolos de miseria nada tenían que ver con estructuras alimenticias y condiciones vitales de reproducción sino con la escasez del oro, metal que medía la opulencia y la riqueza de estos conquistadores. Entre estos pueblos el consumo de alimentos, más que el vestuario, era fundamental en sus niveles de vida y en el crecimiento de su población. “En los Llanos me pareció”, dijo Antonio de Berrío, que “avía mucha más gente que en este Reyno todos gente desnuda e pobres, por que no tienen metales ni más que un poco de yuca que les sirve de comida y bino”⁴¹. La frase es contradictoria, pues los depósitos de alimentos le sirvieron para sustentar a su propia hueste. Sin embargo, los argumentos apuntan a cuatro problemas de interés histórico: la densidad de la población, la escasez de oro, los modos y las modas de cubrir el cuerpo por estos nativos y la alimentación. Sobre la población que veían los soldados de Berrío, se dijo que “desde el dicho rrió de *Meta* hasta *Barraguán* en circuito de cuarenta leguas o çinquenta en rredondo abía más cantidad de veinte y çinco mill yndios aunque toda hera gente desnuda mal asentada y pobre [...]”⁴². Entonces, población, metales, vestuario y alimentos son objetos de observación particular, pues constituyen además recursos básicos para el bienestar y éxito de estos improvisados expedicionarios al imposible mundo de El Dorado.

39 Archivo General de Indias (Sevilla), *Audiencia de Santa Fe*, 1258, “Relación o Derrotero que hace Antonio de Berrío”, Santa Fe, 3 de abril de 1585, f. 3v.

40 Archivo General de Indias (Sevilla), *Audiencia de Santa Fe*, 1258, f. 21r. “Relación o Derrotero que hace Antonio de Berrío”, Santa Fe, 3 de abril de 1585, f. 21r.

41 Archivo General de Indias (Sevilla), *Audiencia de Santa Fe*, 1258, f. 3v. “Relación o Derrotero que hace Antonio de Berrío”, Santa Fe, 3 de abril de 1585.

42 Archivo General de Indias (Sevilla), *Audiencia de Santa Fe*, 1258, f. 21r. “Relación o Derrotero de Antonio de Berrío”, Santa Fe, 3 de abril de 1585.

Los viajes

Merece la pena destacar que Berrío realizó tres viajes desde el Nuevo Reino de Granada. El primero duró diecisiete meses, y llegó hasta la orilla oriental del río Orinoco. Berrío aprovechó para enterarse sobre la existencia del río Papamene, que se consideraba el límite de su gobernación. Si había salido el 1º de enero de 1582, es de suponer que en junio de 1583 estaba retornando a Santa Fe. Su segunda expedición salió a fines de 1583 con una caravana de más de mil caballos y vacas que seguían a su ejército. Nada se sabe acerca de quienes acompañaban este tropel de gentes y animales, pero sí que marcharon directamente hasta el río Barraguán, en donde acamparon e intentaron nuevamente penetrar las sierras que se encuentran al oriente del mismo. Las enfermedades y las penurias lo obligaron a regresar veintiocho meses después, es decir, hacia agosto de 1586⁴³.

Su tercera expedición desde el Nuevo Reino fue aún más espectacular, pues llevaban veintidós canoas y otro tanto número de balsas, vituallas, pertrechos, municiones, 200 caballos, unas pocas vacas y hombres que dibujaban y daban colorido a esta peregrinación, en busca de El Dorado. Unos se embarcaron en el río Casanare y otros fueron por tierra hasta el mismo sitio en donde habían acampado en las dos primeras expediciones: la orilla oriental del Orinoco. Reiteraron su deseo de pasar las sierras, pero ante la imposibilidad, decidieron, dieciocho meses después de haber salido del Nuevo Reino, bajar por el Orinoco hasta el Atlántico. En un gesto similar al de Pizarro, Berrío mata todos los caballos para evitar las tentaciones de regreso de sus soldados y se embarca por el gran río para llegar al gran cacicazgo de Moriquita, ubicado donde empezaban las provincias de Guayana, Manoa y El Dorado. Allí permanecieron siete meses antes de decidirse a poblar la Isla de la Trinidad, la cual ocuparon el 1º de septiembre de 1591. Habían pasado 10 años desde cuando Berrío salió de España en busca de El Dorado.

Las cartas de Berrío son especies de breves relaciones geográficas, pues tienen importantes noticias sobre el río Orinoco en su curso medio y en su desembocadura, al igual que sobre otros ríos importantes de Colombia y Venezuela. Y si bien este conquistador se había dado cuenta de que era viable una comunicación del Nuevo Reino con el mar Atlántico siguiendo la ruta de ríos navegables, también fue bastante agudo al observar que sólo el control de la isla Trinidad permitiría acceder a la Guayana y penetrar el río Orinoco, cuyo delta era un verdadero rompecabezas para la navegación. La isla de Trinidad era un lugar estratégico

43 Archivo General de la Nación (Bogotá), *Historia Civil*, 14, ff. 3r. a 91v, y Archivo General de Indias (Sevilla), *Escritanía de Cámara*, 1011 A, Pieza 8ª, “Carta a Jerónimo de Velasco, La Margarita, 1 de enero de 1593”. Pueden verse también las otras cartas publicadas en este volumen.